

por completo. Cada uno se asimila lo que puede, cual más, cual menos, pero ni aun los mejores cerebros son capaces de almacenar todos los conocimientos adquiridos. Fulano, que es superiormente ducho en fisiología, podrá no tener grandes conocimientos en otras ciencias y razonar como un pie acerca de las cosas corrientes de la vida. Fuera de que no basta almacenar, precisa saber utilizar.

El invocar la opinión de éste ó aquél sabio puede significar mayor número de probabilidades en favor de la verdad que enunciamos,—ó que creemos tal,—pero no constituye una prueba irrefutable.

Y cuando hayamos logrado conseguir algunas briznas de saber, permanecemos convencidos de que hemos hecho un esfuerzo por acercarnos á la verdad, pero no nos creamos en posesión de la verdad absoluta, porque dichos conocimientos se convertirían entonces en fuente de los errores más groseros.

(J. Grave *La Science et les «scientifiques»* julio de 1911).

Ansia de verdad es cuanto necesitamos.—Creo más y más que toda filosofía no es sino cuestión de punto de vista personal: no hay más que aspectos, de los cuales se prenda cada cual según su temperamento. La verdad filosófica no es, pues, sino relativa á cada mente que la concibe. Pero hay una cosa que está á la base de toda formación de conciencia individual, es la razón. Por consiguiente, nadie tiene derecho para estorbar el desarrollo de esta razón. Un religioso, católico, protestante, teósofo, etc., no tiene derecho para hablar de religión á un niño. Al pequeño ser, hay que dar, á medida de su crecimiento, el deseo de espíritu crítico, de prueba, de experiencia, de observación. Y como principio moral, *el anhelo de la verdad*, que exige para su satisfacción pruebas y demostraciones evidentes. En cuanto á lo demás, ello no nos concierne. ¿Ese cerebro, que ha recibido una educación científica, se aficionará mañana á un ideal espiritualista de

la ú otra forma? ¡No lo sabemos! Pero esta individualidad será siempre interesante, habiendo adquirido una convicción bien personal, gracias á una conciencia en trabajo. Yo creo que no son las diferencias entre los filósofos lo que hace menos armónica la vida, sino el hecho de no alcanzar cada uno su convicción con toda libertad.

(Leon Clément, *L'Ere Nouvelle*, nº 56).

Condecoraciones.—Traducimos la carta publicada en París por R. Chaughi el 5 de agosto último:

Desde que conozco á los hombres no tengo muchos gozos en la vida.

El otro día, sin embargo, ciertas líneas leídas en un periódico me han causado una sorpresa agradable y me han reconciliado por un rato con la raza «gentes de letras» en particular.

Todos saben que los escritores—salvo dos ó tres—son los hombres más intrigantes, sometidos y volubles y los más enamorados de cintas y cascabeles.

Pues bien, el otro día hubo uno que rehusó la cruz de comendador de la «Legión de Honor», que el Ministro de Instrucción Pública le ofrecía.

¡Pronto! ¡El nombre de esa buena persona! Anatolio France.

Señor Anatolio France: Habéis escrito bellos libros. En su sencillez y claridad respiramos el amor y el respeto de nuestra hermosa lengua francesa. ¡Gracias! Vuestros pensamientos no están siempre de acuerdo con los nuestros ¿pero qué importa? Vuestras ideas son amables, porque no son despoticas. Sois excéptico, pero sin desesperar. Vuestra duda es sonriente como la de Montaigne y no excluye el entusiasmo por las buenas causas. El rehusamiento de esa ridícula corbata que un ministro os ofrecía, es otro bello libro que acabáis de escribir.

La cruz así rehusada ha sido ofrecida luego á uno llamado Edmond Rostand. ¡Ah! Éste no se ha hecho de rogar para aceptarla. Y por eso mi alegría es completa.

Los hombres superiores y las minorías.—Comprendo la misantro-